

Edita: C.M.M. S.A. Redacción y oficinas: ALBACETE: Teodoro Camino, 19-Entfo. 02002 Albacete. Tifs. 967 21 93 11 y 967 21 93 50. Administración: 967 21 00 00. FAX: 967 21 07 81. ALCANTE: Avda. Óscar Esplá, 4. 03003 Alicante. Tif. Centralita: 96 592 19 50. FAX Redacción: 96 592 22 48. FAX Administración: 96 592 22 82. CARTAGENA: C/ Puerta de Murcia, 8-2.º B. 30201 Cartagena. Tif. 968 50 44 00. FAX: 968 52 86 16. ELICHE: Maestro Albéniz, 10. Entfo. 03202 Eliche. Tifs. 96 545 28 43, 96 545 28 49 y 96 545 24 57. FAX: 96 542 05 48. MURCIA: Camino Viejo de Montegudo-Edificio 'La Verdad', 30160 Murcia. TELÉFONOS: Centralita: 968 36 91 00. Publicidad: 968 36 91 07. Distribución-suscriptores: 968 36 91 14. Administración: 968 36 91 16. FAX Redacción: 968 36 91 47. e-mail redacción: lectores@la-verdad.com. Edición electrónica: http://www.la-verdad.com. FAX Publicidad: 968 36 91 11. e-mail publicidad: pu_blicidad@la-verdad.com. Difusión controlada por OJD. Depósito legal: MU-3-1958

TABLÓN DE BREVEDADES / TEXTO, DIBUJOS Y COLLAGES: DE ASENSIO SÁEZ



I
Desde el pasado martes, más o menos descaradamente, viene triunfando el invierno, estación del año que para los antiguos debió resultar fatídica, que así, con tinta negra la describían. En versos de Meléndez Valdés, por ejemplo, se llegaba a recibir la entrada del invierno de este modo: «Salud, lúgubres días; horrosos / aquilones, salud...». Y no digamos lo que los aficionados al canto proclamaban, labio y garganta abrigados por robusta bufanda: «El invierno ha llegado ya. ¡Qué desolación! / El paisaje sombrío está, como el corazón...». ¡Ahí queda eso!

Es decir, que el signo festero que para la hermosa gente supone hoy una intensa nevada con más o menos satisfactoria retención de coches, camión de la Murcia blanca, con oportuno lucimiento de ajuar deportivo, ayer fue absoluta materia vedada para el personal a la vez que para Fernando de Herrera, que llamó «horrído» al invierno, unos y otros encogidos a la vera del brasero, la badila y el sabañón.

Resumiendo. De la mano de diciembre, atrás queda dicho, nos fue llegado el invierno y con él, dentro de unos días, el Año Nuevo, con su oportuno refrán a la vista: Año Nuevo, vida nueva. Sin balances personales por medio. ¿Para que? Lo hecho —¡ay, Señor!— hecho está.



II
Pues de refranes hablamos, valga en esta ocasión aquel que muy atinadamente nos señala: hasta San Antón, Pascuas son. Venga asimismo a cuento llevarse a la boca un navideño pastel de gloria, delicia para el paladar, hasta el extremo de que según se cuenta, un día los ángeles confeccionaron en la misma Gloria, una tan-

da de tales pasteles. Pues bien, un punto de perfección les llegó a faltar para parecerse a estos otros de las confiterías de la tierra, a los que desde aquí nuestra pluma alaba.

III
Insistiendo sobre el tema del invierno. ¿Dónde hoy aquella estampa oficial de tal estación del año, correspondiente a «Blanco y Negro» o «La Esfera», con ilustraciones de Cilla, Huertas, Méndez Bringa o Regidor? Con trasfondo de gotera desplomándose sobre la desportillada zafa, velada familiar al amor de la mesa camilla, camiseta de felpa, calzoncillo largo al tobillo atado, zambomba y copetín de Anís del Mono. En el portal, Anita la fosforera, gastando una tras otra sus cerillas, saluda a Juan José, vestido de obrero.

—¡Para que luego digan que cualquier tiempo pasado fue mejor, Lucas!



IV
Llueve. El invierno tiende muchos días el telón del cielo con lluvia, ciclorama de nubarrones grises, color panza de burro o piel de ciruela, que siempre queda más fino. Muchas veces ha insistido uno: no es lo mismo la lluvia en la gran ciudad que en el pueblo, «viéndola venir», venteando en la calma del aire parado su presencia. Antes de la lluvia «hecha», se cuenta con un prólogo de menudas gotas, como «agua colada por un cedazo», que escribió fray Luis de León, hasta tomar luego cuerpo de líquidas flechas que asaeteen, como si de un San Sebastián se tratara, el torso de la tierra, que, a su vez, modestamente, escribió uno.

V
Basta partir con extremo cuidado una nuez para descubrir lo que de boceto de nuestro propio cerebro humano mantiene su interior.

VI
Resulta que todo este deslumbrante tinglado levantado en los presentes días navideños, sin duda los más brillantes del año, se debe a que gongorinamente a la aurora «caído se le ha un Clavel», por supuesto que escrito

con mayúscula.

VII
El minicuento semanal
LA CESTA DE NAVIDAD

Érase un hombre de bien que, habiendo soñado muchas veces recibir como obsequio navideño una de esas descomunales cestas de las que se diría ser «jardín de las delicias», Peñón de Ifach del turrón y el mazapán, el cava y el «marrón glasé», jamás había recibido otros obsequios que varias carpetas de cuero, un reloj despertador, una funcional estilográfica... Por meros pudores de hombre formal, cabal donde los hubiera, jamás manifestó, ni a su mujer siquiera, su

oscuro y un tanto enfermizo deseo, su oculta apatencia. Por eso, cuando una noche decembrina llamaron a su puerta y, a hombros de dos forzudos mandaderos, una monumental cesta, tal paso de Semana Santa, entró solemnemente en su casa, el hombre se dijo para sí, totalmente feliz: «Un sueño se me cumple».

No tuvo el hombre aquella noche necesidad de soñar con resultar un día dueño y señor de su ansiada cesta navideña, pues en legítima propiedad amo había pasado a ser de tan envidiable cesta, precisamente de la cual, llegada la medianoche, cuando todos dormían, salió sigilosamente el ladrón oculto entre lazos y espumillones, arramblando con la reciente paga extraordinaria de Navidad, el aderezo de la esposa, la cajita de las joyas de las hijas, un talonario de cheques y un largo etcétera al que el lector puede a su gusto añadir lo que estimare conveniente, dramática suma que al día siguiente haría palidecer, a las mismas riberas del infarto, al hombre que siempre soñó apasionadamente con poseer una cesta de Navidad de las de toma pan y moja.



VIII
De la mano del invierno recién estrenado, la festividad de los Santos Inocentes. Bromas y engaños por medio, tales las falsas noticias insertadas en la prensa, haciendo buscar al

lector, entre las verdades del día, la consabida payasada. ¡Más risa!

IX
Bodegón de Murcia. Amasijo de Pascua. Derrotada en parte por el mostrador de la confitería funcional, a trancas y barrancas permanece aún la costumbre del amasijo de Pascua: tortas escaldadas, cordiales, polvorones, los nunca bien ponderados rollos, los mantecados en forma de estrella... Recién fabricadas las piezas del amasijo se guardaban —¿se siguen guardando todavía?— en un cesto previamente revestido por una blanca mantelería. La verdad por delante: la artesanía casera del amasijo pascual viene cada vez a menos, vencida por el funcionalismo de la vida moderna. Por otra parte, bien mirado, entre las esclavitudes de la cocina y el butacón frente al televisor, siempre ganará, más o menos razonablemente, Rosa Villacastín.



X
Ojo con las campanadas, apresuradas ellas, de la Nochevieja, entre confeti, gorrito y matasuegras. En el último grano de las doce uvas puede anidar la felicidad del año que entra pero también el tonto atragantamiento que conduce irremediablemente a Urgencias.

XI
En la deslumbradora «garden-party» del nuevo rico las doce uvas se sustituyeron por doce brillantes que los lapidarios más expertos no supieron luego tasar.

XII
¿Incómodo el invierno? ¿Atractivo, por el contrario? Según gustos personales, será una u otra la oportuna contestación. Gertrudis Gómez de Avellaneda aseguró: «El invierno me mata». Por el contrario, Mallarmé pudo escribir: «Invierno lúcido». En última instancia, quédese cada cual con la opinión que sus propios gustos personales le dicten según les vaya en la feria. Y al que Dios se la dé, San Pedro se la bendiga.